

El ser hispánico del Puerto Rico de hoy

QUE Puerto Rico, a los cien años de relación política y cultural con los Estados Unidos, siga siendo Puerto Rico, interesado profundamente en su idioma y en su cultura, es cosa que sólo ponen en duda espíritus débiles y pesimistas, o los partidarios de una integración forzada, contra natura, a la Unión. Ya lo observó el historiador español Ricardo de la Cierva, siendo ministro de Cultura, quien afirmó que «Puerto Rico no es una isla bilingüe, sino un foco profundo y creador de cultura hispánica *donde se utiliza también el inglés como idioma funcional y adjetivo de comunicación*».

Ramón-Darío Molinary*

«Cuando más es uno de su tierra y de su raza, más universal puede llegar a ser.»

(José Santos Chocano)

* Diplomático, periodista y académico puertorriqueño.

Entre España y Estados Unidos

PUERTO Rico, a pesar de su homogeneidad cultural, ha tenido que afrontar un claro intento de genocidio cultural, desde principios de siglo hasta la actualidad, como consecuencia directa de la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana de 1898, a cuyo fin una vergonzante España nos entregó como «botín de guerra» a los Estados Unidos de América ávidos de un expansionismo colonizador, sin que en la mesa de negociaciones de París se sentara puertorriqueño alguno y sin que el Gobierno de Madrid cumpliera el compromiso político contraído por el legislativo español al concederle la autonomía a nuestro pueblo un año antes, en 1897. De siempre nuestro pequeño archipiélago ha sufrido el «determinismo geográfico y material».

No obstante el trauma colectivo, Puerto Rico sigue siendo un bastión de la cultura hispánica, y es manifiesto que ningún pueblo hispánico ha sido sometido —en su integridad espiritual— a tan duras pruebas como el puertorriqueño. Somos, sin duda, uno de los pocos ejemplos de la Historia Universal en que la voluntad de un pueblo de reducida dimensión y escaso poderío ha logrado superar los designios fríamente calculados de una gran potencia.

Ello me induce a hablar de «identidad» y de «conciencia nacional», conceptos envueltos hoy en polémicas como consecuencia del uso que de ellos hacen los nacionalistas a ultranza. Y Puerto Rico, en busca de su imagen, como acertadamente señaló el profesor Tomás Calvo Buezas en el I Congreso Internacional de Antropología en Extremadura, «se ha visto obligado a confrontar con el cerebro antropológico, generándose como un discurso político». Y es que la identidad nacional es un producto social, que se convierte en cultura a través del tiempo y se afianza como verdad de generación en generación.

El catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad de Granada, Nicolás López Calera, publicó un excelente libro, *El nacionalismo: ¿culpable o inocente?* (Editorial Tecnos, 1995), donde quedó patente que el resurgir de los nacionalismos se explica en arte por la insatisfacción que causan tanto el *individualismo liberal*, incapaz de aceptar que somos comunitarios, como el *colectivismo marxista*, empeñado en disolvernos en colectividades. Más allá de uno y de otro, necesitamos las personas cobrar nuestra identidad en *comunidades*, y una de ellas, medida en brazos de la tradición y la historia, acuñada por una cultura tal vez arropada por una etnia o una lengua, es la nación.

Sólo de aquí empiezan también las dificultades, porque ni la lengua, ni la etnia, ni la historia, son criterios suficientes para determinar qué es una nación.

El nacionalismo, pues, es un fenómeno complejo que no ayudan a entender ni los nacionalistas radicales ni los universalistas de pacotilla. Los primeros se encarga de desacreditar al nacionalismo con sus acciones violentas, criminales, injustificables a todas luces. Los otros, los que creen que la universalidad se construye arrasando diferencias, se oponen a cualquier nacionalismo y con eso no consiguen sino crispar los ánimos, «agudizar las contradicciones», dice López Calera.

Al estudiar el caso de Puerto Rico, la socióloga canaria Pilar Cisneros Britto, profesora de la Complutense, señala que «ha existido una trama social con hondas raíces populares y autodidactas que se recrea y se fomenta en la cotidianidad, que se apoya en los vínculos comunitarios». Y añade que «la fuerza de la identidad cultural estaría en la comunidad, pues ella aportaría los elementos que la superestructura de turno oficializa o abandera»; y que «estas formas de concebir la acción social local, lo nuestro, lo próximo, es lo que aporta la consistencia de esa identidad», una identidad antropológica que los puertorriqueños hemos querido elevar a carácter de identidad nacional.

El castellano, seña de identidad

LA lengua heredada de España es la que juega, en el caso de la conciencia y de la identidad hispánicas de Puerto Rico, un papel determinante como máxima seña de identidad de nuestro ser colectivo. En nuestro país como iremos viendo, se hace realidad absoluta el aserto del filólogo Karl Vossler, al hablar de las funciones del lenguaje: «Cuando el sentimiento nacional ha sido despojado de todos los refugios, el lenguaje se convierte en la fortaleza espiritual desde la que un día, cuando los tiempos sean propicios, saldrá a reconquistar su puesto».

El caso de Puerto Rico debe iluminar a las nuevas generaciones de España e Hispanoamérica, para no entregar su idioma y su cultura a esos vientos extranjerizantes que, con ropajes de pragmatismo vanguardista, minan su identidad, muchas veces facilitando el proceso por el complejo de inferioridad colectivo tan bien planteado por mi maestro el doctor Juan José López Ibor, en su luminoso libro *El español y su complejo de inferioridad*, el mismo que los puertorriqueños hemos heredado y visto multiplicarse a la enésima potencia como consecuencia de tener que confrontar con la que a

principios de siglo era una potencia emergente y hoy ocupa en solitario la posición de superpotencia mundial.

En sentido lato se puede ser puertorriqueño de distintas maneras y es posible que en todas ellas aparezcan ciertos rasgos universales; pero en sentido estricto *sólo se puede ser puertorriqueño en español*. De ahí que sea razonable presuponer la larga pervivencia histórica de la cultura puertorriqueña, apoyada como está en la herencia lingüística común del mundo hispánico.

A partir de 1898 Puerto Rico ha sido parte estructural de los Estados Unidos de Norteamérica desde el punto de vista económico y estratégico; pero su actual situación política y económica, su determinada integración económica, y la afirmación de nuestra herencia cultural hispánica, es contradictorio. Nos hemos comprometido en un «hibridismo cultural» que pone en peligro la integridad misma, política y espiritual, de nuestra cultura.

A lo largo de la historia, la población puertorriqueña ha estado polarizada entre los defensores de la metrópoli imperante (España o los Estados Unidos) y los defensores de los derechos (autonómicos o independientes) de nuestro pueblo.

La idealización de lo norteamericano, tan generalizada entre nuestros emigrantes a los Estados Unidos y aun entre ciertos sectores de la clase media y alta de nuestros días, no es sino un reflejo de la superioridad financiera e industrial del empresario o el inversionista. Y que es, como sabemos, el «prestigio» en toda sociedad va unido al poder económico. Pero a pesar de ese «prestigio», entrecomillado, cada día son más los que permanecen en la metrópoli atrincherados en el gueto o abandonados a su suerte.

Puerto Rico constituye un caso especialmente significativo en el estudio de los objetos esenciales de defensa nacionalista. Con una soberanía nacional inexistente, por limitada, con buena parte de su territorio utilizado por bases militares estadounidenses (15%), con casi el cuarenta por ciento de su población emigrada a la metrópoli, y una economía dependiente y satélite de la norteamericana, la identidad nacional *ha encontrado en la defensa de su tradición cultural y de su idioma el elemento fundamental de su autodeterminación*. Su supervivencia no se ha mantenido sino mediante una defensa activa de su identidad cultural e histórica. Identidad que se encuentra a caballo entre la herencia cultural e histórica de tradición hispana y la atracción de la pujante economía estadounidense y el «american way of life».

Pertenciente a USA, tradición cultural hispana e identidad latinoamericana conforman el trípodo sustentador de la nacionalidad puertorriqueña, como acertadamente resume Isidro Sepúlveda Muñoz en su ensayo *Identificación nacional mediante la defensa del idioma: el caso de Puerto Rico* publi-

cado por la UNED en 1995.. Este trípode determina la singularidad del caso, siendo por tanto su estudio especialmente importante ante la actual situación internacional y la presente conformación de grandes bloques transnacionales.

La batalla del idioma

LA «batalla del idioma» se ha mantenido a lo largo de casi un siglo, desde el mismo momento de la toma de posesión de la isla por los Estados Unidos. Y esa batalla no se comprende sino dentro de *una larga marcha* de Puerto Rico hacia su autodeterminación y la preservación de su cultura como identificadora de un pueblo; con vocación por tanto de constituirse, a largo o corto plazo, en un Estado independiente.

En 1898, al desembarcar sus tropas, el general Miles emitió una proclama dirigida a acallar todos los temores que pudiera tener la población civil y a alentar en los puertorriqueños la esperanza de que mejoraban de dueño. El ejército de Miles no se presentaba ante el país como una tropa venida a conquistar y a saquear, sino como un ejército de liberación que pondría fin a las iniquidades y a la rapacidad de un régimen colonial contra el que todos los puertorriqueños habían venido luchando a lo largo de todo el siglo XX.

Habiéndose apoderado de la isla en pocos días y con muy pocas bajas (sólo cuatro soldados muertos y cuarenta heridos fue el ridículo saldo de la invasión) los yanquis se dieron de lleno a la sutil tarea de «yankofilar» a Puerto Rico, es decir, al trabajo de lograr que los puertorriqueños hiciéramos nuestros los valores y las costumbres de ellos, para producir el más rápido proceso de asimilación cultural. Y el ataque frontal a la lengua española fue parte importante en el empeño de sustituir una cultura por la otra.

La escuela pública puertorriqueña fue el principal instrumento utilizado por los estadounidenses para descalificar nuestra herencia hispana y para tratar de sustituirla lo más rápidamente posible por costumbres e instituciones norteamericanas.

El uso del sistema educativo para promover vigorosamente el conocimiento de la civilización estadounidense y para desarrollar en los alumnos la adhesión a sus símbolos y valores, vino también acompañado de toda clase de intentos por desmerecer e ignorar la historia, la cultura y los próceres de Puerto Rico. Y fue ante esa denigrante política cultural que los puertorriqueños nos dimos a la tarea de defender los signos de nuestra identidad, y el principal frente de batalla en esa guerra fue la defensa de nuestro idioma vernáculo.

Hitos singulares en tan larga batalla fueron, en 1949 la declaración de que el español es el único idioma de enseñanza en el sistema público; en 1990 cuando el gobernador Rafael Hernández Colón, sancionó favorablemente la Ley del Idioma Oficial Único; y el 28 de enero de 1993, cuando el actual primer mandatario de la isla, el médico anexionista Pedro Rosselló, derogó dicha ley a pesar de que la más grande manifestación que haya visto nuestro país demostraba la oposición a la medida de declarar oficiales tanto el español como el inglés.

La cultura puertorriqueña

LOS antropólogos definen «cultura» como el conjunto de creencias y costumbres de un grupo social; y al referirse a ella, el también antropólogo y gran gurú de la cultura puertorriqueña, el profesor Ricardo Alegría, ha dicho que «al hablar de la cultura que, como nación posee Puerto Rico, debemos de tener presentes valores más profundos y trascendentes». Y añade que «la cultura es, sobre todo, concepto y manera de vida; es estado espiritual que define la fisonomía de una gente, de una nacionalidad; por lo que «Puerto Rico está constituido sobre algunas virtudes, de sólido fundamento humano y cristiano, que distinguen a nuestro pueblo de los demás, y que constituyen nuestra más auténtica aportación a la cultura universal». Así señala Alegría, el profundo sentido humanitario, la arraigada convicción en la igualdad humana, nuestro amor a la democracia y a la libertad, la vocación por la paz, la devoción por la cultura y la tradicional sencillez.

Una cultura nacional es obra que la naturaleza, el arte y la historia, trabajando simultánea y recíprocamente, han creado a través de los siglos. No puede, por tanto improvisarse. Pero puede destruirse, si confiados en sus inmensas energías vitales, olvidamos que necesita de amor, cuidado y cultivo y en muchos casos —como en el nuestro— en su firme y decidida defensa. Mientras los puertorriqueños tengamos conciencia de nuestra nacionalidad y cultura, Puerto Rico seguirá siendo Puerto Rico. La profesora Antonia Sáez fue la que señaló que «el destino de nuestra cultura está fatalmente determinado por el destino de nuestra lengua, que es algo más que un instrumento de comunicación. Es una manera de ver el mundo, un modo especial de reaccionar ante la vida, un mecanismo para captar la realidad.

Que Puerto Rico a los cien años de relación política y cultural con los Estados Unidos siga siendo Puerto Rico, interesado profundamente en su

idioma y en su cultura, es cosa que sólo ponen en duda espíritus débiles y pesimistas, o los partidarios de una integración forzada, contra natura, a la Unión. Ya lo observó el historiador español Ricardo de la Cierva, siendo ministro de Cultura, quien afirmó que «Puerto Rico no es una isla bilingüe, sino un foco profundo y creador de cultura hispánica *donde se utiliza también el inglés como idioma funcional y adjetivo de comunicación*». Y el fenecido Ramón Mellado Parsons, en su libro *Puerto Rico y Occidente* añade que aunque «el deseo de seguridad económica tiene, hasta ahora, prioridad para los puertorriqueños (y) como nuestra seguridad económica depende de nuestra asociación política con los Estados Unidos (cree) que el sentir general es favorable al mantenimiento de dicha asociación», para después concluir que «sin embargo, la mayor parte de los puertorriqueños rechazan la idea de la asimilación porque desean mantener el desarrollo y crecimiento natural de su personalidad como pueblo, aceptando o rechazando libremente las nuevas alternativas que le presenta el proceso de transculturación (porque) el concepto de la Asociación que predomina en Puerto Rico, excluye la idea de la fusión o el injerto cultural».

Papel de la prensa

NUESTRO país, que cuando España nos entregó como «botín de guerra», ante el presionante reclamo del Protocolo de Washington, en las negociaciones previas a la firma del Tratado de París, nunca había tenido universidad, es hoy uno de los pueblos más alfabetizados de América y con mayor matrícula universitaria en proporción a su población, lo cual convierte a los medios de comunicación social en uno de los factores coadyuvantes, principalísimo, de la concienciación colectiva proclive al nacionalismo cultural.

No obstante haberse enseñoreado el capital norteamericano en nuestras respectivas parcelas de las galaxias Gutemberg, Marconi, Hertz y Gates, y de que las más sutiles técnicas propagandísticas y publicitarias del mismo origen manipulan a conciencia nuestra opinión pública, aún hoy la tirada promedio, sumada, de los dos diarios de mayor circulación, *El Nuevo Día* y *El Vocero*, suman más de seiscientos mil ejemplares, frente a tan sólo treinta y cinco mil que ha logrado certificar el rotativo de lengua inglesa *The San Juan Star* que se ha visto obligado a publicar una edición en español. Y existen otros periódicos locales, regionales, revistas..., también en castellano, que amplían la brecha favorable a nuestro vernáculo.

Otro tanto sucede en la radiodifusión, donde de las 128 emisoras pueden contarse con los dedos de una sola mano las que emiten en inglés. Y en cuanto a la televisión, el panorama se repite; si bien se invierte esta realidad, y eso es lo preocupante, en lo que atañe a la televisión por cable, un vehículo claro de distorsión lingüística y de colonialismo cultural e informativo. Considero que la *televisión por cable*, la que en breve invadirá España con similares consecuencias, se ha convertido no sólo en un estremecedor vehículo «lavacerebros», sino en doblegador de conciencias y en distorsionador de nuestra tradicional escala de valores.

Desde que en 1806 se introdujo la imprenta en Puerto Rico, han sido más los años que hemos discurrido bajo soberanía norteamericana que bajo soberanía española. No obstante, como ya señalé, nuestra prensa escrita en castellano es mucho más contundente en sus cifras de tirada, que la propia encuesta reciente, realizada por el Ateneo Puertorriqueño, la entidad académico-cultural con más solera de la isla, que demuestra que no llegan al veinte por ciento los puertorriqueños que pueden ser considerados bilingües en sentido estricto, y que no pasa del cuarenta por ciento el total de nuestra población que al menos entiende, lee, escribe o habla el inglés. O sea, que al menos un sesenta por ciento de los casi cuatro (4) millones de habitantes de Puerto Rico tienen que recurrir a la prensa escrita, la radio y la televisión en español.

La profesora española María Vaquero, catedrática de la Universidad de Puerto Rico, ha señalado que el frente de batalla idiomático es en nuestro tiempo menos violento, pero no por eso menos importante. Ya no son necesarios proyectos de ley o legislaciones encaminados a conseguir que la enseñanza se brinde en lengua materna porque esta batalla se ganó hace tiempo. Pero tenemos que mantenernos en guardia y no permitir que el idioma español se desprestigie en su propia casa y entre la misma gente que lo ha salvado y lo considera como propio. Y en ello sí que los medios de comunicación de masas tienen una decisiva función que cumplir, como ya señalara en varios ensayos el que fue director-fundador del Instituto de Lexicografía Hispánicoamericana «Augusto Malaret», Ernesto Juan Fonfrías. Nuestros periodistas deben tomar conciencia clara de que cuando en un determinado territorio se desprestigia una lengua es porque existe otra de la cual se tiene mejor opinión. Y cuando esa otra es el inglés, la de la ciencia y la tecnología modernas, la de las relaciones comerciales, entonces podría, en casos de convivencia con el español, pasar de instrumento auxiliar a idioma de prestigio social.

Hoy saben los filólogos que cualquier idioma es lo que sus habitantes

quieran que sea, pero que en una situación de «lenguas de contacto», como es el caso de Puerto Rico, las circunstancias pueden impedir que los hablantes calen en el posible desgaste de su vernáculo, como también ha señalado la profesora Vaquero, quien ha radiografiado una inclinación colectiva a pasar por alto la erosión progresiva del sistema, «insensibilidad general que puede interpretarse, en sí misma, como uno de los efectos más sutiles de la situación de lenguas en contacto». Y desde este punto de vista es desde donde creo, junto con ella, que tiene sentido y tendría efecto la defensa actual del español en Puerto Rico. Una defensa basada en la debida orientación pública, en la enseñanza cuidadosamente planificada, en la vigilancia de los medios de comunicación. Una vigilancia sensata y no purista, por supuesto, «tan alejada de la afectación como del desaliño», en palabras de Margot Arce.

La nobel chilena Gabriela Mistral afirmó en su día que «el habla es la segunda posesión nuestra, después del alma, y tal vez no tengamos ninguna otra posesión en este mundo». Los puertorriqueños hemos hecho realidad tal aserto y hemos de seguir defendiéndolo. Sin olvidar al peruano Santos Chocano, quien nos enseñó que «cuanto más es uno de su tierra y de su raza, más universal puede llegar a ser».

Conclusiones

QUEDA claro, por todo lo dicho, que nuestro 98 ha supuesto un indiscutible trauma cultural que ha generado en el pueblo puertorriqueño una lucha sorda por despertar su conciencia nacional para el fortalecimiento de su propia identidad, la cual nos convierte en frontera conflictiva de la hispanidad.

La conservación del idioma, como máxima seña de identidad y conciencia nacional, no ha sido en Puerto Rico un hecho fortuito, ni una aberración histórica. Los puertorriqueños hemos conservado el español contra viento y marea; contra la política de «americanización a la trágala» —en palabras de la profesora Celeste Benítez—, que impusieron los primeros gobernadores y comisionados de instrucción de habla inglesa que tuvo la isla; contra los intentos sostenidos por más de medio siglo de sustituir el español por el inglés como vehículo de enseñanza en nuestras aulas; contra la incompreensión de muchos norteamericanos, que miran con extrañeza y suspicacia nuestro empeño —por otro lado tan español— de ser «diferentes»; contra la incompreensión de muchos puertorriqueños, que estarían dispuestos a vender su

alma al diablo con tal de que Puerto Rico se convierta en la estrella 51 de la bandera norteamericana; contra las poderosísimas fuerzas centrípetas que son los estrechos vínculos económicos, políticos y culturales que nos unen a la gran potencia mundial; sin olvidar tampoco que España nunca ha hecho lo suficiente, ni antes ni después de crear el Instituto Cervantes, para apoyarnos en la ardua lucha que hubimos de emprender tras el desmembramiento ocasionado por el desgobierno peninsular de finales del XIX.

El hecho de que un siglo después del 98, Puerto Rico siga siendo un país hispanohablante es, más que un milagro, el triunfo de la voluntad de ser de nuestro pueblo. Una afirmación manifiesta de su conciencia nacional y de su identidad claramente definidas. Es el triunfo de un pueblo hoy más seguro de sí mismo, presto a ocupar su lugar particular en el concierto mundial, orgulloso de lo que ha sido y de lo que es, y confiado en que le espera un mejor mañana.

Hoy nos hallamos en una disyuntiva. Parece acercarse la hora de la verdad. Las iniciativas congresionales de Washington les dan combustible a los que consideran que el Congreso puede hacer lo que quiera con el futuro económico y político de Puerto Rico. Y en esos debates el presidente de la Comisión de Reglas de la Cámara de Representantes, el republicano por Nueva York, Gerald Solomon, quiso pero no lo logró que se establezca un requerimiento de lenguaje para Puerto Rico en caso de que los puertorriqueños escojamos en las urnas ser un estado de la Unión; es decir, que en opinión de Solomon el idioma oficial del Estado de Puerto Rico debería ser el inglés, como único lenguaje, lo cual conllevaría establecerlo en el gobierno, en el sistema judicial y en las escuelas. Lo que sin duda, a pesar de «esquizofrenias», alejaría la «estadidad», pues nuestro pueblo, que siempre ha llamado al idioma inglés «el difícil», acabará repudiando tamaña aspiración solomónica.

En el mundo occidental hay estados que no son homogéneos, sino plurinacionales. Unos han tendido a uniformismos y otros han explotado, como ha ocurrido en Europa Oriental. Hay una tercera solución, basada en criterios de solidaridad, que es —lo ha dicho el propio Pujol— «la de llegar a un equilibrio dentro de un Estado, respetando la diversidad».

Ha llegado la hora de las definiciones, cuando ya se ha cumplido el primer siglo de la invasión del 98 y de la firma y ratificación del Tratado de París, dando con ello lugar a que nos hayamos convertido en frontera cultural de América. Nuestra preocupación debe de ser hoy, con los pies firmes en la tierra, la de pasar de la cultura del subsidio a la de la productividad. Sin olvidar que un libro de gran tirada en los Estados Unidos, *Nación extranjera*,

propone expulsar a los hispanos; y en USA habita cerca del cuarenta por ciento de los puertorriqueños. Tenemos que romper el círculo vicioso y superar *La orgía perpetua* de la cual nos habló Mario Vargas Llosa.

Nos oponemos a dejar de ser puertorriqueños para convertirnos en «muertorriqueños», pero tratando de que la emoción y la razón triunfen conjuntamente.